

Turpe est, quod nequeas, capiti committere pondus  
Et pressum inflexo mox dare terga genu <sup>1</sup>.

Las cualidades mismas que poseo y que no son censurables reconozco que son inútiles en el siglo en que vivimos: la dulzura de mis costumbres hubiérasela calificado de flojedad y debilidad; la conciencia y la fe hubiéranse considerado como escrupulosas y supersticiosas; la franqueza y libertad, como importunas, temerarias é inconsideradas. Sin embargo, para algo sirve la depravación: bueno es nacer en una época de perversión, pues, comparado con el prójimo, es uno considerado como varón virtuoso á poca costa; quien en nuestros dias no es más que parricida y sacrílego júzgase como hombre de bien y de honor:

Nunc, si depositum non inficiatur amicis,  
Si reddat veterem cum tota æruginè follem,  
Prodigiosa fides, et Tuscis digna libellis,  
Quæque coronata lustrari debeat agna <sup>2</sup>:

y ningún tiempo ni lugar hubo jamás en que mejor se premiaran la bondad y la justicia de los príncipes. El primero á quien se le ocurra conquistar el favor y el crédito por ese camino, me engañaría mucho si fácilmente no lleva la delantera á sus compañeros: la fuerza y la violencia pueden algo sin duda, pero no lo pueden siempre todo. A los comerciantes, jueces de aldea y artesanos, vémosles marchar á la par con la nobleza en valor y ciencia militar; libran horrorosos combates públicos y privados, derrotan, defienden ciudades en nuestras guerras presentes: un príncipe ahoga su recomendación en medio de este tumulto. Que resplandezca por su humanidad, veracidad, lealtad y templanza, y sobre todo por su justicia; distintivos singulares, desconocidos y desterrados. Es lo que puede convenir y conformarse con el deseo de los pueblos: ninguna otra cualidad distinta es adecuada para conquistar el soberano la voluntad de sus súbditos como aquéllas, en atención á que son las más útiles: *Nihil est tam populare, quam bonitas* <sup>3</sup>.

Según aquella comparación de mis cualidades y costumbres con las del tiempo en que vivimos, hubiérame yo reconocido hombre singular y raro: como me reconozco pigmeo y bajuno á tenor de los varones de algunos siglos pasados, en los cuales era cosa indigna de consideración, si otros méritos más recomendables no concurrían, el que

1. Es vergonzoso echarnos encima un peso superior á nuestras fuerzas para caer de rodillas antes de dar un paso. PROPERCIO, III, 3, 5.

2. En nuestro tiempo si un amigo no os niega el depósito que le confiasteis, si os devuelve la vieja bolsa con las monedas cubiertas de herrumbre, hay que proclamar su rasgo admirable de honradez, inscribirlo en mármoles y broncees ó inmolar una oveja en celebración de tan glorioso suceso. JUVENAL, III, 60.

3. Nada es tan popular como la bondad. CICERÓN, pro Ligario, c. 12.

una persona fuera moderada en sus rencores, blanda en el sentimiento de las ofensas, religiosa en la observancia de su palabra, sin flexibilidad ni doblez, sin acomodar su fe á la voluntad ajena ni conforme á lo que exigen las ocasiones; antes consentiría que los negocios se quebraran en mil pedazos que consentir en que mi fe se torciera en provecho de ellos. Pues por lo que toca á esa nueva virtud de aparentar y disimular, que goza de tantísimo crédito en los momentos actuales, yo la odio á muerte, y entre todos los vicios no encuentro ninguno que dé testimonio de tanta cobardía y bajeza de alma. Propio es de una naturaleza villana y servil ir disfrazándose y ocultándose bajo una máscara y no osar mostrarse al natural: con esta costumbre se habitúan los hombres á la perfidia; hechos á profedir palabras falsas, la conciencia les importa un ardite. Un corazón generoso no debe jamás desmentir sus pensamientos; debe dejarse ver hasta lo más hondo; bueno es todo cuanto aparece en él, ó al menos todo es humano. Aristóteles considera como prenda de magnanimidad el odiar y el amar al descubierto, el juzgar y el amar con cabal franqueza, y tratándose de emitir la verdad no hacer caso de la aprobación ó reprobación ajenas. Decía Apolonia « que el mentir era oficio de los siervos, y de los hombres libres el decir verdad »; ésta es la primera y la más fundamental de las virtudes; es necesario amarla por ella misma. Quien dice verdad por obligarle á ello razones ajenas, ó porque el decirla le es útil, y no teme decir mentira cuando con ella á nadie perjudica, no es hombre suficientemente verídico. Mi alma, por compleción interna, rechaza la mentira y detesta hasta el pensar en ella; yo siento una vergüenza recóndita y un vivo remordimiento si alguna vez un embuste se me escapa, como á veces me acontece, por sorprenderme y agitarme las ocasiones para ello impremeditadamente. No precisa constantemente decirlo todo, pues esto sería torpeza, pero lo que se dice es preciso que se diga tal y como se piensa; obrar de otro modo es maldad. Yo no sé qué ventaja esperan los mentirosos al fingir y mostrarse sin cesar distintos de lo que son si no es la de no ser creídos ni aun en el instante mismo en que dicen verdad; esta conducta puede engañar una vez ó dos á los hombres, pero mantenerse expofeso constantemente embozado, como hicieron algunos de nuestros príncipes, que « arrojarían la camisa al fuego si fuera partícipe de sus intenciones verdaderas », las cuales son palabras del viejo Metelo Macedónico; y hacer público que « quien no sabe fingir no sabe reinar » , es advertir de antemano á los que frecuentan de que no oirán nunca sino trapazas y embustes, *quo quis versutior et callidior est,*

1. Máxima favorita de Luis XI.



*hoc inuisior et suspectior, detracta opinione probitatis*<sup>1</sup>. Simplicidad solemne sería dejarse llevar por el rostro ni por las palabras de quien hace profesión de ser siempre diferente por fuera que por dentro, como acostumbraba Tiberio. No sé qué parte pueden tener esas gentes en el comercio humano al no exteriorizar nada que pueda considerarse como cierto: quien es desleal para con la verdad lo es también para con la mentira.

Aquellos que en nuestro tiempo consideraron y sostuvieron que el deber del príncipe no se extendía más allá de sus propias ventajas personales, las cuales antepusieron al cuidado de su fe y conciencia, hablarían con algún viso de razón al soberano cuyos negocios el acaso hubiera llevado á fundamentarse para siempre con faltar una sola vez á su palabra, pero las cosas no acontecen así; con semejante proceder se da pronto el batacazo; un príncipe concierta más de una paz y más de un tratado durante el transcurso de su existencia. La ventaja que los convida á realizar la primera deslealtad, y rara vez deja de presentarse alguna, como también se ofrecen las de practicar otras maldades, sacrilegios, asesinatos, rebeliones y traiciones, empréndense por cualquier especie de provecho, mas al que después acompañan perjuicios innumerables que lanzan al príncipe fuera de todo comercio y de todo medio de negociación, á causa de su infidelidad. Solimán, príncipe de raza otomana, la cual se cura poco de la observancia de promesas y pactos, cuando en mi infancia hizo bajar su ejército á Otranto, habiendo tenido noticia de que Mercurino de Gratinar y los habitantes de Castro quedaban prisioneros después de haber hecho entrega de la plaza, contra lo que con aquél capitularan, mandó que fueran puestos en libertad, considerando que al tener entre manos otras grandes empresas en la misma región, tamaño deslealtad, aun cuando mostrara alguna apariencia de utilidad presente, podría acarrearle en lo porvenir el descrédito y la desconfianza, madres de perjuicios sin cuento.

Cuanto á mi, mejor prefiero ser importuno é indiscreto que adulator y disimulado. Reconozco que bien puede ir mezclada una poca altivez y testarudez en mantenerse así entero y abierto como yo soy, sin tener presente ninguna consideración ajena. Páreceme que me convierto en algo más libre, allí donde precisaría menos serlo, y que el respeto forzado me contraria; puede ocurrir también que, á falta de arte, la naturaleza me domine. Al mostrar á los grandes esta misma libertad de lenguaje y de maneras que en mi casa empleo, echo de ver cuánto declino hacia la indis-

1. Cuanto más grandes son la habilidad y la destreza de un hombre, es mayor el odio y la sospecha que le siguen al perder su nombrada de probidad. CICERÓN, *de Offic.*, II, 9.

creción é incivildad; pero, á más de que así es mi modo de ser genuino, no tengo el espíritu bastante flexible para poder torcerlo en un momento dado, ni para escapar por algún rodeo, ni para fingir una verdad, ni suficiente memoria para retenerla así fingida, ni tampoco aplomo bastante para mantenerla; de suerte que por pura debilidad me las echo de valiente. Por todo lo cual me abandono á la ingenuidad y á decir siempre lo que pienso, por temperamento y por designio, dejando al acaso el cuidado de atender á lo que suceda. Aristipo decía « que el principal fruto que de la filosofía había sacado era el hablar libre y abiertamente á todo el mundo ».

La memoria es un instrumento que nos presta servicios maravillosos, sin el cual el juicio apenas puede desempeñar sus funciones, y de que yo carezco por completo. Lo que se me quiere referir es necesario que se me cuente por partes, pues responder á un asunto en que hubiera varias ideas principales no reside en mis limitadas fuerzas. Yo no podría encargarme de comisión alguna sin anotar sus pormenores; y cuando tengo entre manos alguna cosa de importancia, si es de mucha extensión, véome reducido á la necesidad vil y miserable de aprender de memoria, palabra por palabra, lo que tengo que decir; de otro modo no podría dar un paso, ni tendría seguridad alguna, temiendo que mi memoria me jugara una mala partida. Pero este procedimiento no me es menos difícil: para aprender tres versos, necesito tres horas, y además, tratándose de una obra propia, la libertad y autoridad de modificar el orden, de cambiar una palabra, variando constantemente la materia, conviértela en difícil de fijar en la memoria del que la escribe. En suma, cuanto más desconfío de mi facultad retentiva, más ésta se trastorna; mejor me ayuda por acaso: es necesario que yo la solicite sin gran interés, pues, si la meto prisa, se aturde, y luego que comenzó á titubear, cuanto más la sondeo, más se traba y embaraza. Sirveme cuando lo tiene por conveniente, no cuando yo la llamo.

Esto que siento en lo tocante á la memoria experimento también en varios otros respectos: yo huyo el mundo, la obligación y las cosas forzadas. Aquello que hago fácil y naturalmente, si me propongo realizarlo por expresa y prescrita ordenanza, ya no soy capaz de hacerlo. En el cuerpo mismo, los miembros que poseen alguna libertad y jurisdicción más particulares sobre sí mismos me niegan á veces su obediencia, cuando yo pretendo destinarlos y sujetarlos en un momento determinado al servicio necesario. Esta preordenanza obligatoria y tiránica los entibia; el despecho ó el espanto los acoquinan y se quedan como yertos.

Encontrándome antaño en un lugar en que se considera



como descortesía bárbara el no corresponder á los que os convidan á beber, aun cuando en la circunstancia fuera yo tratado con libertad completa, intenté echarlas de hombre alegre, capaz y fuerte por ser grato á la gentileza de las damas, que eran de la partida, según la costumbre seguida en el país; mas el caso fué gracioso, pues la amenaza de que había de esforzarme en beber más de lo que uso, á costumbre y puedo soportar, me obstruyó de tal manera la garganta que no supe tragar ni una sola gota, y me vi privado de beber hasta lo que ordinariamente bebo en mis comidas. Encontrábame harto y ahito por tanto líquido como á mi imaginación había preocupado. Este efecto es más bien propio de los que poseen una fantasía vehementemente y avasalladora; es de todas suertes natural, y nadie hay que de él no se resienta en algún modo. Ofreciase á un excelente arquero, condenado á muerte, salvarle la vida si consentía en dar alguna prueba notable de su habilidad en el arte que ejercía, y se opuso á intentarla temiendo que la extremada contención de su voluntad hiciera temblar su mano, y que en lugar de libertarse de la muerte perdiera la reputación que había adquirido como famoso tirador. Un hombre cuya imaginación está distraída, no dejará, pulgada más ó menos, de hacer siempre el mismo número de pasos y de dimensión idéntica en el lugar por donde se pasea; pero si emplea su atención en medirlos y contarlos, hallará que lo que ejecutaba por casualidad no lo hará de intento con exactitud igual.

Mi biblioteca, que es de las selectas para estar en un pueblo retirado, está colocada en un rincón de mi asilo: si me pasa por las mientes algo que quiera estampar sobre el papel, temiendo que se me escape al atravesar el patio, precisame encomendárselo á otro. Cuando al hablar me enardezco, y me aparto, aunque sea poco, del hilo de la conversación, lo pierdo irremisiblemente, por eso me constriño en mis razonamientos y me mantengo recogido. Á las gentes que me sirven es preciso que las llame por el nombre de sus cargos, ó por el del país en que nacieron, pues me es muy difícil retener sus nombres; puedo decir de éstos, por ejemplo, que tienen tres sílabas, que su sonido es rudo, que principian ó acaban con tal letra; y si yo viviera dilatados años no creo que dejara de olvidar mi propio nombre, como les ha ocurrido á algunos. Mesala Corvino estuvo dos años sin ninguna huella de memoria, y otro tanto se cuenta de Jorge Trebizonda. Por interés propio rumio yo con frecuencia qué vida pudiera ser la suya, y considero si en la cabal ausencia de la memoria, podría sostenerme con alguna facilidad. Mirándolo bien, temo que tamaño falta, si es radical, pierda todas las funciones del alma:

Plenas rimarum sum, hac atque illac perfluo <sup>1</sup>.

Hame acontecido más de una vez no recordar la consigna que tres horas antes había yo dado ó recibido, y olvidarme del sitio donde había escondido mi bolsa, aunque Cicerón no crea posible el caso: pierdo con facilidad mayor lo que con más interés procuro conservar. *Memoria certe non modo philosophum, sed omnis vitæ usum, omnesque artes, una maxima continet.* La memoria es el receptáculo y el estuche de la ciencia; siendo la mía tan endeble que no tengo motivo para quejarme si mi ciencia es tan escasa. Conozco el nombre de las artes en general, la materia de que tratan, pero nada que á esto sobrepuje. Hojeo los libros, no los estudio; lo que se me pega es cosa que ya no reconozco como ajena, es sólo aquello de que mi juicio sacó provecho, los razonamientos y fantasías con que el mismo se impregnó. El autor, el libro, las palabras y otras circunstancias, se borran instantáneamente de mi memoria, y soy tan excelente olvidador que lo que yo escribo y compongo se me disipa con facilidad idéntica. Constantemente se me citan cosas mías de que yo no me acordaba. Quien quisiera conocer de dónde salieron los versos y ejemplos que tengo aquí amontonados me pondría en duro aprieto si tratara de decirselo: no los mendigué sino en puertas conocidas y famosas, ni me contenté con que fueran ricos, fué además necesario que vinieran de mano espléndida y magnífica: en ellos se hermana la autoridad con la razón. No es maravilla grande si mi libro sigue la fortuna de los demás, y si mi memoria desempara lo que escribo como lo que leo, lo que doy como lo que recibo.

Á más de la falta de recordación adolezco de otras que contribuyen en grado sumo á mi ignorancia: mi espíritu es tardío y embotado; la nubecilla más ligera le detiene, de tal modo, que jamás le propuse ningún problema, por sencillo que fuera, que supiese desenvolver. Ni hay tampoco vana sutileza que no me embarace; en los juegos en que el espíritu toma parte: el ajedrez, las damas, la baraja y otros análogos, no se me alcanzan sino los rasgos más groseros. Mi comprensión es lenta y embrollada, pero lo que llega á penetrar lo dilucida bien y logra abrazarlo universal, estrecha y profundamente, durante el tiempo que lo retiene. Mi vista es dilatada, sana y cabal, pero el trabajo la fatiga luego y la recarga. Por eso no puedo mantener largo comercio con los libros si no es con el ajeno auxilio. Plinio el joven enseñará á quien lo desconozca las consecuencias graves de esta tardanza, perjudicialísimas para los que se consagran á la tarea de leer.

1. Estoy tan lleno de grietas que por todas partes me salgo. TERENCIO, *Eunuch.* acto I, esc. II, v. 25.

2. La memoria contiene en sí no sólo la filosofía, sino también el conocimiento práctico de la vida y el de las artes todas. CICERÓN. *Acad.*, II, 7.



No hay alma por mezquina y torpe que sea en la cual no reluzca alguna facultad particular; ninguna existe tan negada que no brille por algún respecto. Y de cómo acontece que un espíritu ciego y adormecido ante todas las demás cosas se encuentre vivo, despejado y lúcido en cierto particular respecto, preciso es buscar la razón en los maestros. Pero las almas hermosas son las universales, abiertas y prestas á todo, si no instruidas, al menos capaces de instrucción, lo cual escribo para acusar la mía, pues, sea debilidad ó dejadez (y menospreciar lo que está á nuestros pies, lo que tenemos entre las manos, lo que se relaciona más de cerca con la práctica de la vida, cosa es ésta muy lejana de mi designio), ninguna existe tan inepta ó ignorante como la mía de muchas cosas vulgares que es vergonzoso desconocer. Enumeraré algunos ejemplos que lo acreditan.

Yo nací y me crié en los campos, en medio de las labores rurales; tengo entre manos los negocios y el gobierno de mi casa desde el día en que mis antecesores que disfrutaron los bienes de que gozo me dejaron en su lugar; pues bien, no sé contar ni con fichas ni con la pluma; desconozco la mayor parte de nuestras monedas; ignoro la diferencia que existe entre las diversas semillas, así en la planta como en el granero, si la distinción no salta á la vista; apenas distingo las coles de las lechugas de mi huerto; ni siquiera me son conocidos los nombres de los útiles más indispensables de la labranza, como tampoco los más elementales principios de la agricultura, que hasta los niños saben; mayor todavía es mi ignorancia en las artes mecánicas y en el tráfico, y en el conocimiento de las mercancías, diversidad y naturaleza de los frutos, vinos y carnes; no sé cuidar á un pájaro, ni medicinar á un caballo ó á un perro. Y puesto que es preciso que me muestre sin vestiduras á la pública vergüenza, diré que no hace todavía un mes que se me sorprendió ignorante de que la levadura sirviera para hacer el pan, y de qué cosa fuese fermentar el mosto. Conjeturábase antiguamente en Atenas la aptitud para las matemáticas en aquel á quien se veía hacinar diestramente y hacer manojes una carga de sarmientos: en verdad podría deducirse de mí una conclusión bien contraria, pues, aunque me dejaran á la mano todos los aprestos de una cocina, experimentaría fuertes apetitos. Por estos rasgos de mi confesión pueden deducirse otros que me favorecerán muy poco. De cualquiera suerte que me dé á conocer, siempre y cuando que lo cumpla tal cual soy, llevo á cabo mi propósito. Y si no se me excusa el atreverme de poner por escrito cosas tan insignificantes y frívolas como las transcritas, diré que la bajeza del asunto me obliga á ello: acútese si se quiere mi proyecto, pero no el cumplimiento del mismo. Sin la advertencia ajena veo

bastante lo poco que todo esto vale y pesa, y la locura de mi designio; basta con que mi juicio no se aturulle; de él son estos borrones los ensayos.

Nasutus sis usque licet, sis denique nasus,  
Quantum noluerit ferre rogatus Atlas,  
Et possis ipsum tu deridere Latinum,  
Non potes in nugis dicere plura meas,  
Ipse ego quam dixi: quid dentem dente juvabit  
Rodere? carne opus est, si satur esse velis.  
Ne perdas operam: qui se mirantur, in illos  
Virus habe; nos hæc novimus esse nihil <sup>1</sup>.

No estoy obligado á callar las torpezas con tal de que no me engañe al conocerlas: incurrir en ellas á sabiendas es en mí cosa tan ordinaria que apenas si ejecuto otra labor; casi nunca incurro en falta de una manera fortuita. No vale la pena el achacar á lo temerario de mi complexión las acciones inhábiles, puesto que yo no puedo libramme de atribuirles ordinariamente las viciosas.

Un día vi en Barleduc que para honrar la memoria de Renato, rey de Sicilia, presentaban á Francisco II un retrato que el primero había hecho de sí mismo: ¿por qué no ha de ser lícito pintarse á cada cual con la pluma como aquél lo hizo con el lápiz? No quiero, pues, olvidar tampoco una cicatriz harto inadecuada á mostrar en público: la irresolución, que es un defecto perjudicialísimo en la negociación de los asuntos del mundo. En las empresas dudosas no soy capaz de tomar un partido:

Nè sí, nè no, nel cor mi suona intero <sup>2</sup>.

Sé sostener una opinión, pero no elegirla. Porque en las cosas humanas, á cualquier bando que uno se incline, presentándose numerosas apariencias que nos confirman en ellas (el filósofo Crisipo decía que no deseaba aprender de Zenón y Cleantes, sus maestros, sino simplemente los dogmas, y que cuanto á las pruebas y razones en sí mismo hallaría bastantes), sea cual fuere el lado hacia que me vuelva, provéome siempre de causas y verosimilitudes para mantenerme; así que detengo dentro de mí la duda y la libertad de escoger hasta que la ocasión no me obliga; y entonces, á confesar la verdad, lanzo, las más de las veces, la pluma al viento, como comunmente se dice, y me echo en brazos del acaso; la inclinación y circunstancias más ligeras influyen sobre mí y salen victoriosas:

1. Aguza la nariz cuanto quieras; sé tan narigón que no pueda cargar contigo el mismo Atlas; llegarás á hacer reír al propio Latino, pero no conseguirás decir de mis flaquezas más de lo que yo mismo he dicho. ¿Qué adelantaría un diente mordiendo en otro diente? Más justo es morder en carne. No pierdas el tiempo: fustiga á los vanidosos, poseídos de sus personas. En cuanto á mí, sé de sobra que todo es pura farándula. MARCIAL, II, 13.

2. El corazón no me dice ni sí, ni no. PETRARCA, edición de Gab. Giolito. Venecia, 1537.



Dum in dubio est animus, paulo momento huc atque  
Illuc impellitur <sup>1</sup>.

La incertidumbre de mi juicio se encuentra tan en el fiel de la balanza en la mayor parte de los sucesos que me acaecen, que encomendaría de buena gana su decisión al juego de los dados; y advierto, considerando con ello nuestra humana debilidad, los ejemplos que la historia sagrada misma nos ha dejado de la costumbre de encomendar á la suerte ó al azar la determinación en el elegir las cosas dudosas: *sors cecidit super Mathiam* <sup>2</sup>. La razón del hombre es una peligrosa cuchilla de doble filo; ¡aun en la mano misma de Sócrates, su más íntimo y familiar amigo, ved cuántos extremos tiene ese báculo! De suerte que yo no soy apto sino para seguir, y me dejo fácilmente llevar hacia la multitud; no confío suficientemente en mis fuerzas para intentar dirigir ni guiar; me considero como muy á gusto viendo mis pasos trazados por los demás. Si precisa correr la aventura de una elección incierta, prefiero que sea bajo las órdenes de alguien que esté más seguro de sus opiniones y las adopte, más de lo que yo adopto y tengo seguridad en las mías, de las cuales encuentro el plan y fundamento resbaladizos.

Y sin embargo yo no soy ningún veleta, tanto menos cuanto que advierto en las opiniones contrarias una debilidad semejante; *ipsa consuetudo assentiendi periculosa esse videtur, et lubrica* <sup>3</sup>; principalmente en los negocios políticos hay abierto amplio campo á toda modificación y controversia:

Justa pari premittur veluti quum pondere libra  
Prona, nec hac plus parte sedet, nec surgit ab illa <sup>4</sup>;

Los discursos de Maquiavelo, por ejemplo, eran bastante sólidos por el asunto; sin embargo, ha habido facilidad grande para combatirlos, y los que lo han hecho no han dejado facilidad menor para combatir los propios. Sea cual fuere el argumento que se siente, nunca faltarán otros con que hacer objeciones, dúplices, réplicas, triplices, cuádruples, como tampoco la intrincada contextura de los debates jurídicos que nuestro eterno cuestionar ha dilatado tanto, que va pesando ya poco en favor de los procesos:

Cædimur, et totidem plagis consumimus hostem <sup>5</sup>,

1. Cuando el espíritu está en la duda, muy poco esfuerzo basta para impulsarle en las más opuestas direcciones. TERENCIO, *Andr.*, acto I, esc. VI, v. 32.
2. La suerte cupo á Matías. *Act. Apost.*, I, 26.
3. La costumbre de prestar asentimiento parece engendrar muchos errores y peligros. CICERÓN, *Acad.*, II, 21.
4. Como cuando se consigue que la balanza esté en el fiel, que ni un brazo descienda ni el otro se levante. TIBULO, IV, 41.
5. Somos derrotados, pero causando poco daño al enemigo. HORACIO, *Epist.* II, 2, 97.

puesto que las razones apenas tienen otro fundamento que la experiencia, y la diversidad de los acontecimientos humanos nos presenta ejemplos infinitos en número que revisiten toda suerte de formas. Un personaje docto de nuestra época dice que donde nuestros almanaques anuncian el calor cualquiera podría poner el frío: en lugar de tiempo seco, húmedo, y colocar siempre lo contrario de lo que pronostican; de tener que apostar por la llegada de una ú otra modificación atmosférica, añadía que no pondría reparo en el partido á que se inclinara, salvo en lo que no puede haber incertidumbre, como en prometer para Navidad calores, ó frios rigurosos hacia San Juan. Lo mismo opino yo de nuestros razonamientos políticos; cualquiera que sea el rango en que se os coloqué, estáis en tan buen camino como vuestro compañero, con tal de que no vayáis á chocar contra los principios que á ciegas son evidentes; por lo cual, á mi ver, en los públicos negocios, no hay gobierno por detestable que sea, siempre que haya tenido vida y duración, que no aventaje al cambio y á la variación. Nuestras costumbres están extremadamente corrompidas y se inclinan de una manera admirable hacia el emperoramiento; entre nuestras leyes y costumbres hay muchas bárbaras y monstruosas: sin embargo, á causa de la dificultad que supone el colocarnos en mejor estado y del peligro del derrumbamiento, si yo pudiera plantar una cuña en nuestra rueda y detenerla en el punto en que se encuentra, lo haría de buena gana:

Numquam adeo foedis, adeoque pudendis  
Utimur exemplis, ut non pejora supersint <sup>1</sup>.

Lo peor que yo veo en nuestro Estado es la inestabilidad, y el que nuestras leyes y nuestros trajes no puedan adoptar ninguna forma definitiva. Muy fácil es acusar de imperfección el régimen de gobierno establecido, pues todas las cosas mortales están llenas de imperfecciones: muy fácil es engendrar en el pueblo el menosprecio de sus antiguas observancias. Jamás ningún hombre emprendió ese designio sin que se saliera con la suya, pero restablecer una situación más ventajosa en el lugar de la que se echó por tierra, ha consumido sin resultado las fuerzas de muchos que lo intentaron. En mi gobierno personal tiene mi prudencia escasa participación; de buen grado me dejo llevar por el orden general de todo el mundo. ¡Dichoso el pueblo que practica lo que le ordenan mejor que los que le reglamentan, sin atormentarse por los móviles á que las leyes obedecen; el que consiente en rodar blandamente conforme al movimiento de los cuerpos celestes! Jamás la obediencia puede ser pura ni sosegada en el que razona y litiga.

1. Por grandes que sean los vicios y los crímenes que nos son conocidos, quedan aún otros peores por conocer. JUVENAL, VIII, 183.



En conclusión, para volver á mi mismo, lo en que yo me considero algún tanto es aquello en que jamás hombre alguno se juzgó deleznable. Mi recomendación es vulgar, común, y está al alcance del pueblo; porque, ¿quién se curó nunca de estar falto de sentido? Sería ésta una proposición que implicaría contradicción con ella misma. Es una enfermedad que no reside nunca donde se ve; es bien tenaz y resistente, á pesar de lo cual el primer vislumbre de la vista del enfermo la disipa, como la mirada del sol una niebla opaca: acusarse sería excusarse en este punto, y condenarse absolverse. No se vió nunca ganapán ni mujerzuela que no creyeran estar dotados de suficiente sentido para su provisión. Reconocemos fácilmente en los demás la superioridad en el valor, en la fuerza corporal, en la experiencia, en la disposición, en la belleza, pero la superioridad del juicio á nadie la concedemos, y las razones que emanan del simple discurso natural del prójimo parécenos que no dependió sino de no mirar hacia ese lado el que nosotros dejáramos de encontrarlas. La ciencia, el estilo y otras prendas semejantes que vemos en las obras ajenas, fácilmente penetramos si sobrepujan aquellas de que nosotros somos capaces; mas en las simples producciones del entendimiento cada cual cree que de él solo depende el poseerlas análogas. Dificilmente se echa de ver el peso y la dificultad si no es á una extrema é incomparable distancia. Quien penetrara bien á las claras la grandeza del juicio de los demás lo alcanzaría y llevaría á él el propio. Así que es el mio un ejercicio del cual debo esperar escasa recomendación y alabanza. Además, ¿para quién se escribe? Los sabios, á quienes toca de cerca la jurisdicción de los libros, no conceden el premio sino á la doctrina, ni aprueban otro ejercicio de nuestros espíritus que el de la erudición y el arte. Si confundisteis los Escipiones el uno con el otro, ¿qué diréis ya que valga la pena? Según ellos, quien desconoce á Aristóteles se ignora al propio tiempo á sí mismo: las almas comunes y vulgares no aciertan á ver la delicadeza ni la profundidad de un discurso elevado ó sutil. Esas dos especies son las que llenan el mundo. La tercera, en la cual creéis estar incluido, y á la que pertenecen los espíritus normalizados y fuertes por sí mismos, es tan rara que carece de nombre y categoría entre nosotros. Aspirar y esforzarse en obtener su beneplácito es malbaratar la mitad del tiempo.

Dícese comunmente que la más justa repartición que la naturaleza haya hecho de sus dones es la del juicio; pues nadie hay que no se conforme con el que le tocó en la distribución. ¿No constituye esta circunstancia una razón fundamental? Quien viera más allá del suyo vería más lejos de lo que su vista alcanza. Yo creo que mis ideas son buenas y sanas, ¿mas quién no juzga lo propio de las

suyas? Una de las mejores pruebas que para entenderlo así me asiste es la poca estima que hago de mi mismo, pues de no haber estado bien aseguradas habríanse fácilmente dejado engañar por la afección que me profeso, singular como quien conduce casi todas las cosas á sí mismo y apenas las esparce fuera de él. Cuanto los demás distribuyen á una multitud infinita de amigos y conocidos en pro de su gloria y grandeza, aplico yo al reposo de mi espíritu y á mi persona; aquello que toma otra ruta es porque no depende por modo cabal de la jurisdicción de mi raciocinio:

Mihi nempe valere et vivere doctus <sup>1</sup>.

Ahora bien, yo reconozco que mis ideas son atrevidas en extremo y constantes en condenar mi insuficiencia. Asunto es éste en el cual ejerzo mi raciocinio tanto como en cualquiera otro. El mundo mira siempre frente á frente; yo repliego mi vista hacia dentro, y allí la fijo y la distraigo. Todos miran delante de sí, yo dentro de mí; con nada tengo que ver: me considero constantemente, me fiscalizo y experimento. Los demás van siempre á otra parte si piensan bien en ello; siempre hacia delante se encaminan:

Nemo in sese tentat descendere <sup>2</sup>:

yo me recojo en el interior de mí mismo. Esta capacidad de conducir la verdad, cualquiera que sea, hacia mí, y esta complexión libre por virtud de la cual dejo de otorgar fácilmente mi fe, la debo principalmente á mis exclusivas fuerzas; pues las ideas generales y firmes que yo tengo son, por decirlo así, las que nacieron conmigo; éstas son naturales y completamente mías. Yo las exterioricé cruda y sencillamente, de una manera arrojada y segura, pero algo desordenada é imperfecta; luego las he fundamentado y fortificado con el auxilio de la autoridad ajena, ayudado por los sanos ejemplos de los antiguos, con los cuales me encontré de acuerdo en el juzgar; ellos me aseguraron la presa, y me otorgaron el goce y la posesión con claridad mayor. El galardón á que todos aspiran por la vivacidad y prontitud de espíritu, yo lo busco en el buen orden, entre una acción brillante y señalada, ó alguna particular capacidad, yo prefiero el orden, correspondencia y tranquilidad de opiniones y costumbres: *omnino si quidquam est decorum, nihil est profecto magis, quam æquabilitas universæ vitæ, tum singularum actionum; quam conservare non possis, si, aliorum naturam imitans, omittas tuam* <sup>3</sup>.

1. Vivir y gozar de buena salud, ésta es para mí la ciencia. LUCRECIO, V, 959.

2. Nadie quiere desmerecer para consigo mismo. PERSIO, IV, 23.

3. Si en algo consiste propiamente el honor, es más que en nada en la equanimidad de toda nuestra vida, no como en la rectitud de cada uno de nuestros actos; y esto no lo conseguirá nunca quien olvidándose de sí mismo viva imitando la conducta de los demás. CICERÓN, de Offic., I, 31.



He aquí pues señalado el punto hasta donde me reconozco culpable en lo tocante al vicio de presunción. Cuanto al otro de que hablé, que consiste en no considerar suficientemente á los demás, no sé si podré excusarme con facilidad igual, pues por cuesta arriba que se me haga delibero consignar siempre la verdad. Acaso el continuo comercio que mantengo con el espíritu de los antiguos y la idea de aquellas hermosas almas de los pasados siglos me haga encontrar repugnancia en los demás y en mí mismo; ó también puede ser la causa lo que en realidad acontece: que vivimos en un tiempo que no produce sino cosas bien mediocres, de tal suerte que yo no conozco nada que sea digno de grande admiración. Tampoco tengo tan estrecha relación como precisa para juzgar de los claros varones que existen, y aquellos á quienes mi condición me une más ordinariamente son por lo común gentes que cuidan poco de la cultura del alma, de las cuales no se reclama otra beatitud que la hidalguía, ni otra perfección distinta del valor.

Lo que de hermoso veo en los demás lo alabo y justiprecio bien de mi grado; á veces hasta realzo lo que sobre ello pienso, y me permito mentir hasta este punto, pues soy incapaz de inventar nada ficticio. Elogio á mis amigos en lo que de alabanza son dignos, y un palmo de valer lo convierto de buena gana en palmo y medio; pero prestables méritos de que carecen, no puedo, ni tampoco defenderlos abiertamente de las imperfecciones que los acompañan. Hasta á mis enemigos concedo equitativamente aquello á que su honor es acreedor: mi afección se modifica, mi criterio no, y nunca confundo mi querella con otras circunstancias que le son ajenas. Tan celoso soy de la libertad de mi juicio que difícilmente la puedo echar á un lado, sea cual fuere la pasión que me domine. Mayor es la injuria que al mentir me infiero que la que podría inferir á la persona de quien mintiera. Los persas tenían la costumbre laudable y generosa de hablar de sus enemigos, á quienes hacían guerra sin cuartel, de una manera digna y equitativa, adecuada al mérito de su virtud.

Conozco bastantes hombres á quienes adornan algunas prendas dignas de alabanza: quién tiene un espíritu lúcido, quién un corazón generoso, quién está dotado de habilidad, otro de conciencia sana, en otro es el lenguaje lo más estimable, en algunos el dominio de una ciencia y en otros el de otra; mas hombre grande en todo, que posea juntas tan hermosas prendas, ó una en tal grado de excelencia que merezca admirarsele ó comparársele con los que del tiempo pasado honramos, la fortuna no me ha hecho ver ninguno. El más grande que haya conocido á lo vivo, hablo de las prendas naturales que le adornaban, el mejor nacido, fué Esteban de la Boétie. Era éste, á no dudarlo, un alma cabal, que mostraba un semblante hermoso invariablemen-

te; un alma á la vieja usanza que hubiera realizado grandes empresas si el destino lo hubiese consentido permitiéndole adicionar á su rico natural con el aditamento de la ciencia y el estudio.

Yo no sé cómo acontece, pero acontece sin duda, que en los que se consagran á las letras y á los cargos que de los libros dependen, se encuentra tanta vanidad y debilidad de entendimiento como en cualquiera otra suerte de gentes; quizás sea la causa porque se exige y espera más de ellos, y porque no se les excusan los defectos comunes á todo el mundo, ó acaso porque la conciencia del propio saber les comunica arrojo mayor para producirse y descubrirse demasiado hacia adelante, por donde, denunciándose, se pierden. Del propio modo que un artifice pone en evidencia mayor su torpeza cuando tiene entre manos una materia rica si la acomoda y maneja neciamente, contra las reglas de su arte, que al trabajar en un objeto infimo; y por lo mismo que se afean más los defectos de una estatua de oro que los de otra de yeso, así sucede á los escritores cuando tratan de cosas que por sí mismas y en su lugar serían buenas; mas sirviéndose de ellas sin discreción, honran la memoria á expensas del entendimiento y enaltecen á Cicerón, á Galeno, á Ulpiano y á san Jerónimo, para ponerse ellos en ridículo.

Vuelvo de nuevo y de buen grado á hablar de la inutilidad de nuestra educación; tiene ésta por fin el hacernos no cuerdos y buenos, sino enseñarnos cosas inútiles, y lo consigue. No nos enseña á seguir ni á abrazar la virtud y la prudencia, sino que imprime en nosotros la derivación y etimología de esas ideas. Sabemos declinar la palabra virtud si no acertamos á amarla. Si no conocemos lo que es prudencia por efecto y experiencia, tenemos de ello noticia por terminología y de una manera mnemotécnica. No nos conformamos con saber de nuestros vecinos la raza á que pertenecen, sus parentescos y alianzas, queremos tenerlos por amigos y formar con ellos unión é inteligencia. Sin embargo, la educación nos enseñó las definiciones, divisiones y particiones de la virtud como los sobrenombres y ramas de una genealogía, sin cuidar para nada de fijar entre ella y nosotros ninguna familiaridad ni parentesco. La enseñanza eligió para nuestro aprendizaje no los libros cuyas ideas son más sanas y verdaderas, sino los que hablan mejor griego y latin, y entre las mejores sentencias nos ingirió en el espíritu los más vanos humores de la antigüedad.

Una educación recta modifica el criterio y las costumbres, como aconteció á Polemón, aquel joven griego licenciado que habiendo un día por acaso ido á oír una lección de Jenócrates, no se fijó en la elocuencia y capacidad del filósofo, y no se llevó consigo el conocimiento de una her-



mosa disertación, sino un provecho más evidente y más sólido, que fué el repentino cambio y enmienda de su primera vida. ¿Quién sintió nunca tal efecto en nuestra disciplina?

Faciasne, quod olim  
Mutatus Polemon? ponas insignia morbi,  
Fasciolas, cubital, focalia; potus ut ille  
Dicitur ex collo furtim carpsisse coronas,  
Postquam est impransi correptus voce magistri 1?

Las gentes menos dignas de menosprecio entiendo que son aquellas que por su sencillez ocupan el último rango y nos muestran un comercio más moderado. Las costumbres y conversaciones de los labriegos encuéntralas comúnmente más ordenadas, conforme á las prescripciones de la verdadera filosofía, que no las de los filósofos: *plus sapi vulgus, quia tantum, quantum opus est, sapit*<sup>2</sup>.

Los hombres más notables que yo haya juzgado por las apariencias exteriores (para juzgarlos por las internas y á mi modo sería preciso mirar más de cerca) fueron, en lo tocante á la guerra y capacidad militar, el duque de Guisa, que murió en Orleans, y el difunto mariscal Strozzi. Entre las personas superiores y de ejemplar virtud, Olivier y L'Hospital, cancilleres de Francia. Páreceme también que la poesía ha gozado buen renombre en nuestro siglo; hemos tenido numerosos y buenos artífices en ese arte, entre otros Aurat, Bèze, Buchanan, L'Hospital, Mont-Doré y Turnèbe. Creo que la poesía francesa ha subido al grado más preeminente á que jamás llegará; y en los géneros en que Ronsard y Du Bellay sobresalen, entiendo que apenas se apartan de la perfección antigua. Adriano Turnèbe sabía más y sabía mejor lo que sabía que ningún hombre de su siglo ni de los tres ó cuatro anteriores á éste. Las vidas del duque de Alba, que murió poco ha, y del condestable de Montmorency, llenas de nobleza estuvieron y guardan varias singulares semejanzas en sus respectivas fortunas, mas la hermosura y la gloria de la muerte del segundo á la vista de París y de su rey, para servicio de éste y de la patria, contra sus conciudadanos á la cabeza de un ejército victorioso por su propio esfuerzo, en su vejez extrema, páreceme digna de ser colocada entre los acontecimientos notables de mi tiempo, como asimismo la bondad constante, dulzura de costumbres y benignidad de conciencia del señor de la Noue en medio de una injusticia de partidos armados, escuela verdadera de traición, inhumanidad y ban-

1. ¿No serás capaz de ejecutar lo que hizo en otro tiempo Polemón? Arrojar de ti tantos adornos ridículos y afeminados como él hizo, de quien se cuenta que se quitó á escondidas las gargantillas que llevaba, luego que oyó avergonzado, la palabra austera del maestro. HORACIO, *Sat.*, II, 3, 253.

2. El vulgo es más prudente porque lo es sólo cuanto precisa serlo. LACRANCIO, *Div. Instit.*, III, 5.

didaje, donde siempre se mostró gran hombre de guerra, de experiencia consumada.

He experimentado placer sumo haciendo públicas en circunstancias diversas las esperanzas que me inspira María de Gournay le Jars, mi hija adoptiva, á quien profeso afección más que paternal, envuelta en mi soledad y retiro como una de las mejores prendas de mi propio ser. Nadie más que ella existe para mí en el mundo. Si la adolescencia puede presagiar los destinos del porvenir, esta alma será algún día capaz de las cosas más hermosas, y entre otras de la perfección de esta santísima amistad en la cual su sexo no tiene participación alguna. La sinceridad y solidez de sus costumbres alcanzan ya á la perfección. Su afección hacia mí en nada puede aumentarse; es cabal y entera y nada que desear deja, si no es que el temor que mi fin la inspira por la avanzada edad de cincuenta y cinco años en que me ha conocido la trabajara menos cruelmente. El juicio que formó de los primeros *Ensayos*, siendo mujer y viviendo en este siglo; tan joven y por propia iniciativa; la vehemencia famosa con que me profesó afección y el largo tiempo que deseó mi trato por virtud de la sola estima que hacia mí la inclinara, son otras tantas particularidades muy dignas de tenerse en cuenta.

Las demás virtudes son harto poco frecuentes en los tiempos en que vivimos, pero el valor se hizo común á causa de nuestras guerras civiles. En este particular hay entre nosotros almas fuertes, rayanas en la perfección, y en número tan grande que el escogerlas sería imposible.

He aquí cuanto hasta el presente he conocido, por lo que toca á grandeza extraordinaria y no común.

## CAPÍTULO XVIII

### DEL DESMENTIR

Pero acaso se me diga que este designio de servirse de sí mismo como asunto de lo que se escribe sería excusable en los hombres singulares y famosos que por su reputación hubieran inspirado curiosidad de su conocimiento. Verdad es, lo reconozco y lo sé muy bien, que para ver á un hombre como los hay á millares apenas si un artesano levantará la vista de su labor, mientras que para contemplar de un personaje grande y señalado la entrada en una ciudad los obradores y las tiendas se quedarían vacíos. Á todos sienta mal el exteriorizar sus acciones menos á aquellos que tienen por qué ser imitados y de quienes la vida y opiniones pueden servir de patrón. César y Jenofonte tuvieron materia sobrada en qué fundar y fortalecer su narración